

# **Globalización, Mundialización**

## **Aspectos económicos, políticos, culturales y religiosos**

por Jean-Yves Calvez, S.J., Centre Sèvres, Paris

Globalización, mundialización, es claro que a través de estas palabras me piden un parecer, mi parecer, sobre una de las evoluciones mas frecuentemente reconocidas en nuestro mundo actual. Me piden si es buena, favorable a los hombres esta evolución. Además me piden si se trata de una evolución casi automática, algo que no se puede contrarrestar o impedir ni dirigir; en otras palabras, piden si es una política -y política de quienes, si no lo es de todos los hombres-.

Hablando de varios aspectos, económicos, políticos, culturales y religiosos, se alude también en el título de esta conferencia al hecho de que la problemática es múltiple, todos no tienen el mismo interés o la misma preocupación en la globalización/mundialización. Buscaré también distinguir, a pesar de que empezaré por considerar el fenómeno en el aspecto económico o político-económico, que creo, es lo decisivo, lo verdaderamente nuevo, provocando lo demás como consecuencia.

### **Globalización, mundialización, desarrollo**

Globalización, mundialización, se emplean dos palabras. En parte, es cuestión lingüística. Nadie puede traducir mundialización directamente al inglés o al alemán: los adjetivos worldly, weltlich tienen todo otro sentido distinto de mundial. De hecho globalización ha sido difundido a partir de países de habla inglesa, sobre todo Estados Unidos. Por eso se emplea también mucho en América Latina mientras domina en España, Europa, mundialización. En Francia o Italia se emplea principalmente mundialización. Pero mas allá de lo lingüístico, hay también, creo, no siempre, sin embargo bastante frecuentemente, una relativa diferencia de sentido: con mondialisation se alude al hecho de que muchos problemas hoy tienen una dimensión mundial, ya no son limitativamente locales, nacionales, consecuentemente hay que tratarlos a otro nivel que con el que se trataban ayer, a nivel de todo el mundo, hay que tener autoridades aptas para esto. Con globalización se alude más, creo, a una política (de apertura de fronteras -hasta forzar a la apertura de las fronteras, de todas-...), o bien, aparentemente en sentido opuesto, pero de hecho en la misma dirección, se pretende que ya no hace falta ninguna política, más bien hay precisamente que dejar todas las fronteras abiertas y dejar circular todo sin intervención de cualquier autoridad, sea tanto local, o nacional como mundial. En este sentido globalización sería casi lo contrario de mundialización.

Otra acotación que también vale la pena mencionarse, es posiblemente sobre la relación entre globalización y desarrollo. Claro es que globalización no es lo mismo que desarrollo. Sin embargo merece la pena recordar que la idea de desarrollo ha sido, y todavía es, la idea de la extensión a todas las sociedades humanas de un progreso económico ya incoado en otras.

No está tan lejos, en este sentido, de lo que se pretende muchas veces hoy con globalización, por lo menos lo que se pretende a veces optimistamente con esta palabra: hacer entrar a todos en un modo de vivir humano, decente... Cuando se despertó la problemática del desarrollo, habría sido posible continuar con la idea de que hay pueblos destinados a cierto progreso, otros no destinados a lo mismo, a los cuales se les debe más bien dejar en su situación, la naturaleza de estos pueblos justificándolo: ayer fueron colonizables, hoy, se habría podido decir, quedan destinados en todo caso a mantenerse en el así dicho subdesarrollo, en modos de producir sencillos y tradicionales, es irreal pensar en su integración en la economía desarrollada. Por el contrario, la comunidad mundial, globalmente, como consecuencia del movimiento de descolonización, y de muchos otros cambios en las mentalidades después de una terrible guerra mundial, se convenció de que la única vía humanamente aceptable consistía en trabajar a una cierta puesta a nivel de todos los pueblos, de todas sus economías. Una verdadera “globalización”, por consecuencia. Que por cierto ha tenido sus altibajos en la realización a través de los decenios, pero nunca ha sido abandonada del todo. La globalización de la que hoy se habla es algo como la convicción de que se puede caminar hacia la realización de la primera globalización esperada (la del desarrollo universal) sólo por medio de la apertura de las fronteras (todas ellas), al comercio internacional, como a la circulación de las informaciones; por el momento no a la de las personas (limitación enorme, entre paréntesis).

Es de notar por otro lado que la globalización actual no tiene toda su definición en este aspecto de apertura comercial internacional (que es compatible con un sistema organizado: lo fue el Comecon del bloque soviético hasta el 1991). La palabra presupone generalmente además, hoy, liberalización o economía privatizada, eso es sin recurrir a capitales públicos o empresas públicas -suponiendo que estas son poco eficaces en comparación con las privadas-; hasta una economía con el mínimo posible de gasto público (aun para la financiación educacional, social, familiar, financiación de infraestructura) -elemento distinto de la apertura comercial-. Con esto llego a indicar que entre liberalismo económico, la palabra muy empleada en los años 80, en el tiempo de la Sra. Thatcher de Inglaterra y del Presidente Reagan de Estados Unidos, y globalización, la palabra empleada en los años 90, no hay mucha diferencia. Pero ambos aluden a la circulación de las mercancías, que es lo decisivo. Lo que llamamos globalización, o ampliación, comercial es en efecto la consecuencia de dos procesos, uno de facilitación, abaratamiento del transporte, otro de complejificación de los productos, lo que quiere decir que cada vez más un producto industrial, como llega a nosotros, es la combinación de elementos múltiples de proveniencias también múltiples (hay un cambio total a este respecto entre el período anterior a la 2ª guerra mundial y el período después: antes circulaban por cierto muchas materias primas y productos manufacturados completamente en un lugar determinado pero casi ellos solos, luego empezaron a circular cantidad de piezas parciales, “partes”... Es ventajosa, evidentemente, en muchos aspectos, toda esta circulación.

A la circulación de mercancías, hay que añadir hoy la circulación, también muy fácilmente hecha, de los signos de los bienes (bienes de capital en particular) que pasan de las manos de unos a otros en las bolsas (y muy velozmente), y finalmente, de otra naturaleza, pero con

muchas consecuencias semejantes: la circulación hecha tan fácil hoy de todo tipo de información, siendo internet el último símbolo.

No ha nacido con todo esto la política comercial liberal, sino que ya estaba en pleno vigor en el final del siglo XIX, hasta la primera guerra mundial, pero volvió a desarrollarse sólo un tiempo después de la segunda. En cierto sentido estamos atrasados hoy con respecto al nivel de porcentaje del comercio internacional en el producto nacional del año 1914... Por otro lado, el así dicho liberalismo comercial es frecuentemente hipócrita, se compagina fácilmente con mucha protección en sectores en los que uno no quiere exponerse al comercio internacional, como el sector agropecuario para Estados Unidos o varios países europeos, o, hace poco, el sector siderúrgico para Estados Unidos, etc.... Es cierto, a pesar de esto, que el problema de la globalización es casi equivalentemente hoy el problema del liberalismo económico. ¿Qué se puede así pensar de globalización y de liberalismo económico conjuntamente, particularmente en lo internacional? es una de las primeras preguntas que se deben aquí tratar.

### **Elementos de juicio sobre liberalismo globalizante o globalización liberal**

Nadie duda, diría, o nadie debe dudar de que la libertad sea un valor fundamental, es decir es una capacidad del hombre, un rasgo principal de los que lo definen como hombre, tiene consecuentemente que ser respetada. Por cierto la libertad nunca se debe entender sin la relación con otro (igualmente libre) que es del mismo modo esencial al hombre. En cuanto a la organización social, esto significa que todo se debe hacer para que la libertad pueda ser ejercitada por todos. Al liberalismo frecuentemente hay que reprocharle así que se preocupa de la libertad para los que están en condiciones de gozar de ella, y se olvida de los que no tienen este acceso concreto. El liberalismo muchas veces no es verdaderamente liberal...

En el campo comercial, y particularmente internacional, los partidarios del liberalismo globalizante suponen, muy gratuitamente, que todos, todos los países, están en condiciones de gozar de su libertad, de defenderse digamos, del mismo modo, en la negociación comercial, mientras en la realidad hay los que pueden influir decididamente en esta negociación, en los precios por ejemplo, y los que están casi totalmente sometidos a la influencia de los demás, porque son una parte muy pequeña del mercado (pueden así ser ignorados, o dejados de lado), o no pueden fácilmente reaccionar con una nueva inversión (para adaptarse). Más generalmente, los partidarios del liberalismo suponen una humanidad en un estado casi inicial en la que todos están en las mismas condiciones, con las mismas capacidades (cierto no necesariamente las mismas capacidades físicas, psíquicas, sin embargo otras capacidades bastante iguales), mientras la realidad es el resultado de toda una historia, en la que las oportunidades de unos y otros se han hecho verdaderamente desiguales, extremadamente desiguales. ¿Es justo, consecuentemente, considerar a todos como capaces del mismo juego competitivo? ¿No se debe más bien, en razón de la igualdad de las personas, compensar lo más que se pueda las desigualdades iniciales (desigualdades de partida)?

Ignorando frecuentemente esto o suponiendo que finalmente, a largo plazo, la práctica liberal permitirá una corrección de las desigualdades, el liberalismo, sobre todo el neoliberalismo

reciente, se destaca por una visión de éxito, o eficacia colectiva, más que por una meta de libertad. Es la posición de un von Hayek, por ejemplo, que tanto ha inspirado las corrientes recientes: cualquiera sea el resultado en cuanto a muchos individuos, el liberalismo tiene una eficacia global superior, el producto total será mas elevado que a través de una programación del esfuerzo común de todos. Se debe notar cuánto esta visión se acerca a la visión también colectivista de cierto socialismo (no de todo socialismo), no preocupándose mucho de la situación de cada persona, sino mucho más de un resultado económico global. Se opone claramente a esta visión la, bastante excepcional, de un Amartya Sen, pensando que el sistema debe servir también a la libertad de todos, debe en otras palabras producir también libertad, para merecer el apelativo de liberal.

### La Iglesia en particular

¿La Iglesia en particular, qué ha pensado? ¿Qué piensa hoy sobre el liberalismo y la globalización liberal? En el tiempo de la gran crisis, gran depresión, del principio de los treinta, la Iglesia (con Pío XI) se presentó como muy crítica de la competencia sin frenos, sin consideración, de las condiciones de partida de las personas. Un Pablo VI, por otro lado, treinta años después empezó a interesarse directamente en el intercambio internacional, y en las condiciones para que sea justo, no un factor de injusticia, y dijo: “Es evidente que la regla del libre cambio no puede seguir rigiendo, ella sola, las relaciones internacionales. Sus ventajas son sin duda evidentes cuando las partes no se encuentran en condiciones demasiado desiguales de potencia económica: es un estímulo del progreso y recompensa el esfuerzo. Por eso los países industrialmente desarrollados ven en ella una ley de justicia. Pero ya no es lo mismo cuando las condiciones son demasiado desiguales de país a país: los precios que se forman ‘libremente’ en el mercado pueden llevar consigo resultados no equitativos” (*Populorum progressio*, 58).

Esto se inscribe dentro de la problemática del desarrollo que, durante tres decenios más o menos, había dominado la enseñanza social de la Iglesia. Una enseñanza muy presente en el debate público, nacional, internacional, de entonces. Sobre el “desarrollo” se deben mencionar muchos documentos mayores: Mater et magistra de Juan XXIII, 196; Gaudium et spes del Concilio Vaticano II, 1965; Populorum progressio de Pablo VI, 1967; y aún Sollicitudo rei socialis de Juan Pablo II, 1988. Se trataba, en todo esto, de hacer entrar a todos los pueblos en el proceso de crecimiento, que conocían ya otros, para que se pueda responder a los requisitos del crecimiento demográfico y a las “nuevas aspiraciones del género humano”, como dice la *Gaudium et spes*, n. 65. Se trataba también de hacerlo sin violentar a las culturas tradicionales de las que los hombres viven - de esto hablaré todavía más tarde. Se propugnaba muy explícitamente, y se puede decir, tranquilamente, una visión integrada de la iniciativa particular y de la programación e intervención del Estado.

Se dice que la actitud ha cambiado mucho con Juan Pablo II. Pienso aquí que ha sido leído por algunos muy selectivamente. Estamos ciertamente con problemas nuevos en el 1989-91, tiempo de redacción la *Centesimus annus* de Juan Pablo II: ha empezado la fase de radicalización de la propuesta global-liberal, tomando el puesto, se puede decir, de la del desarrollo, abandonada o casi abandonada (ya no se oye mucho hoy esta palabra, tan actual por el con-

trario en los 80). Por los acontecimientos del 1989 y 1991 el papa Juan Pablo II fue así provocado no tanto a visitar de nuevo críticamente el comunismo (como lo había hecho en forma notable en la *Laborem exercens*, 1981), como a responder a la nueva pregunta de si el capitalismo liberal es, o no es, el único régimen posible y/o el régimen que corresponde a las exigencias éticas del cristianismo. Hubo una clara voluntad del papa de abrirse a la novedad. Una novedad típica es, dice en 1991, la de la “empresa moderna”, noten que empieza con esto, no con la consideración de un plan liberal globalizante solucionando todo mejor que las políticas de desarrollo, al que ya aludí. La “empresa moderna”: en ella veía el papa el puesto del trabajo humano “moderno”, creativo, un trabajo que implica mucho saber, uso de la inteligencia, y que, además, se realiza en colaboración (CA 31).

Otro elemento fundamental: “Da la impresión, escribe Juan Pablo II, de que, tanto a nivel de naciones como de relaciones internacionales, el libre mercado sea el instrumento más eficaz para colocar los recursos y responder eficazmente a las necesidades” (CA 34). No es una toma de posición absoluta en favor del mercado como único cuadro de organización económica, sin embargo un juicio bastante favorable. Y hablaba el papa, en modo igualmente nuevo, en la *Centesimus annus*, también de los beneficios, reconociendo que son “un índice de la buena marcha de la empresa” (CA 35).

Daba así Juan Pablo II una importancia nueva a conceptos de economía digamos “moderna”, en cierto sentido liberal, como nunca se había hecho en el pasado. *Sin embargo*, y este sin embargo no debe ser tachado (lo ha sido a veces en algunos ambientes), no faltaban desde este primer momento las reservas, hasta reservas muy grandes, sobre el sistema *real* vigente. Es útil citar aquí -un poco largamente porque las consideraciones son largas-: “Muchos hombres, quizás la gran mayoría, no disponen de medios que les permitan entrar de manera efectiva y humanamente digna en un tal sistema de empresa (donde el trabajo ocupa una posición realmente central). No tienen la posibilidad de adquirir los conocimientos básicos que les ayuden a expresar su creatividad y desarrollar sus capacidades. No consiguen entrar en la red de conocimientos y de intercomunicaciones que les permitiría ver apreciadas y utilizadas sus capacidades. Ellos, aunque no explotados propiamente, son ampliamente marginados y el desarrollo económico se realiza, por así decir, por encima de su alcance, limitando incluso los espacios ya reducidos de sus antiguas economías de subsistencia... No se les reconoce de hecho su dignidad y, en ocasiones, se busca eliminarlos de la historia mediante formas coercitivas de control demográfico, contrarias a la dignidad humana” (CA 33). “Otros muchos hombres, proseguía el papa, aun no estando marginados del todo, viven en ambientes donde la lucha por lo necesario es absolutamente prioritaria y donde están vigentes todavía las reglas del capitalismo primitivo, junto con una despiadada situación que no tiene nada que envidiar a la de los momentos más oscuros de la primera fase de la industrialización. La gran mayoría de los habitantes del Tercer mundo vive aún en esas condiciones” (ibid.). Y añade Juan Pablo II: “Aspectos típicos de Tercer mundo se dan también en los países desarrollados, donde la transformación incesante de los modos de producción y de consumo devalúa ciertos conocimientos adquiridos y profesionalidades consolidadas, exigiendo un esfuerzo continuo de recalificación y de puesta al día. Los que no logran ir al compás de los tiempos pueden quedar fácilmente marginados, y junto con ellos, lo son también los ancianos, los jóvenes incapaces de insertarse en la vida social y, en general, las personas más débiles y el

llamado Cuarto mundo. La situación de la mujer en estas condiciones no es nada fácil” (ibid.).

Sobre el mercado, una notable restricción seguía el juicio positivo al que ya aludí: “Esto (lo que se ha dicho del libre mercado) vale sólo para aquellas necesidades que son solucionables con poder adquisitivo y para aquellos recursos que son vendibles, esto es, capaces de alcanzar un precio conveniente. Existen numerosas necesidades humanas que no tienen salida en el mercado. Por encima de la lógica de los intercambios con base en la paridad y de sus formas justas, existe algo que es debido al hombre porque es hombre, en virtud de su eminente dignidad” (CA 34). O bien, “existen necesidades colectivas cualitativas que no pueden ser satisfechas mediante los mecanismos del mercado; hay exigencias humanas importantes que escapan a su lógica; hay bienes que por su naturaleza, no se pueden ni se deben vender o comprar... No son ni pueden ser mercancías” (CA 40).

Sobre los beneficios, después del juicio positivo ya citado sigue también esto: “Sin embargo no son el único índice de las condiciones de la empresa. Es posible que los balances económicos sean correctos y que al mismo tiempo los hombres, que constituyen el patrimonio más valioso de la empresa, sean humillados y ofendidos en su dignidad. Los beneficios son un elemento regulador de la vida de la empresa, pero no el único, junto con ellos hay que considerar otros factores humanos y morales que, a largo plazo, son por lo menos igualmente esenciales para la vida de la empresa” (35).

Es verdad que después de estas observaciones, generalmente críticas, viene, o más bien retorna por segunda vez en la encíclica de Juan Pablo II la pregunta: “¿Se puede decir que, después del fracaso del comunismo, el sistema vencedor sea el capitalismo y que hacia él estén dirigidos los esfuerzos de los países que tratan de reconstruir su economía y su sociedad? ¿Es quizá este el modelo que es necesario proponer a los países del Tercer mundo, que buscan la vía del verdadero progreso económico y civil?”. Y se responde, en modo matizado, si o no, según el caso: “Si por capitalismo se entiende un sistema económico que reconoce el papel fundamental y positivo de la empresa, del mercado, de la propiedad privada y de la consiguiente responsabilidad para con los medios de producción, de la libre creatividad humana en el sector de la economía, la respuesta ciertamente es positiva”. “Pero si por capitalismo se entiende un sistema en el cual la libertad, en el ámbito económico, no está encuadrada en un sólido contexto jurídico que la ponga al servicio de la libertad humana integral y la considere como una particular dimensión de la misma, cuyo centro es ético y religioso, entonces la respuesta es absolutamente negativa” (CA 42). Anteriormente, se había dicho en forma, creo, menos ambigua: “Queda mostrado cuán inaceptable es la afirmación de que la derrota del socialismo deje al capitalismo como único modelo de organización económica” (CA 35) y “hay que romper muchas ‘barreras’, muchos ‘monopolios’”. Impresionó mucho el sí de la respuesta en forma disyuntiva (sí/no, si o no) del n. 42. Para ser fiel a la totalidad del texto mismo de este n. 42, habría que entender que no basta un sistema de empresa, mercado, propiedad privada, aun responsable, sin lo que se requiere en la segunda frase, esto es, un encuadramiento eficaz al servicio de la libertad humana integral: en verdad se necesitan ambos. Muchas veces, por la forma disyuntiva de la presentación, no se entendió bien.

Algunos se aprovecharon sólo de las aprobaciones, apenas se dieron cuenta de la preocupación a propósito de la exclusión reinante. El papa, aquí y allá, se quejó de haber sido traicionado por algunos comentaristas (Cfr. la biografía del papa por Kwitny citando a Monseñor Weakland de Milwaukee). Pero se quejó en un primer momento en modo discontinuo, y en cierto sentido no ha habido durante mucho tiempo ningún documento nuevo verdaderamente importante al respecto. Ha habido, sin embargo, uno, recientemente: un discurso a la Academia pontificia de Ciencias Sociales, en 1997, insuficientemente conocido. Se los quiero dar aquí a conocer: “La Iglesia, dice el papa, no quiere condenar la liberalización del mercado en sí, sin embargo exige que ésta sea diseñada y puesta en marcha respetando la primacía de la persona humana, a la que deben ser sometidos los sistemas económicos. La historia ha demostrado el fracaso de los regímenes marcados por una planificación enemiga de las libertades cívicas y económicas, pero esto no acredita por sí mismo modelos diametralmente opuestos. En efecto, desgraciadamente, la experiencia hace ver que una economía de mercado, dejada a una libertad incondicional, está lejos de traer ventajas grandes a las personas y a las sociedades.

Y continúa así Juan Pablo II, aludiendo expresamente a la “globalización”: “En el marco de la ‘globalización’, todavía llamada ‘mundialización’, de la economía (Cfr. CA 58), la transferencia fácil de recursos y sistemas de producción, realizada únicamente en virtud del criterio de aprovechamiento máximo y en razón de una competencia sin frenos, es capaz, sí, de elevar las posibilidades de trabajo y el bienestar en algunas regiones, pero deja al mismo tiempo a otras regiones menos favorecidas al lado, y puede aumentar la desocupación en países de antigua tradición industrial. La organización ‘globalizada’ del trabajo, aprovechando la pobreza extrema de las poblaciones en vía de desarrollo, trae muchas veces consigo graves situaciones de explotación ignorando las exigencias elementales de la dignidad humana”.

“En efecto, explica el papa a este propósito, uno se aprovecha hoy del hecho de que las nuevas tecnologías permiten producir e intercambiar casi sin limitación en todas partes del mundo, para reducir la mano de obra calificada e imponerle numerosas constricciones apoyándose, después del fin de los ‘bloques’ y cuando progresivamente desaparecen las fronteras, en una nueva disponibilidad de trabajadores mal remunerados”. Termina el papa con este juicio todavía más general. “En si, un mercado mundial, organizado en forma equilibrada con buena regulación, puede llevar, con el bienestar, también el desarrollo de la cultura, de la democracia, de la solidaridad y de la paz. Pero se pueden esperar también diversos efectos de un mercado salvaje que, so pretexto de competitividad, no prospera sino explotando al máximo al hombre y al medio ambiente. Este tipo de mercado, éticamente inaceptable, no puede sino tener consecuencias desastrosas, por lo menos a largo plazo. Tiende a uniformizar, generalmente en sentido materialista, las culturas y las tradiciones vivas de los pueblos; erradica los valores éticos y culturales fundamentales y comunes; comporta el riesgo de crear un inmenso vacío de valores humanos, ‘vacío antropológico’, sin hablar de grandes peligros para el equilibrio ecológico. Entonces, ¿cómo no temer una explosión de comportamientos desviantes y violentos, engendrando fuertes tensiones en el cuerpo social? La libertad misma sería amenazada, y hasta el mercado que se había aprovechado de la ausencia de trabas. En total, la realidad de la ‘globalización’, considerada en modo equilibrado en sus potencialidades positivas como en lo que hace temer, llama a no diferir una armonización entre las ‘exigencias de

la economía' y las exigencias de la ética". "Es urgente, prosigue, que, sobre el terreno de la libertad, se confirme una cultura de 'reglas' no limitada a la promoción de un funcionamiento comercial sino abarcando, con instrumentos jurídicos seguros, la protección de los derechos humanos en todas partes del mundo".

### **Lo cultural, lo religioso**

He así dicho mucho, hasta demasiado, sobre los aspectos económicos-comerciales de la presente globalización, particularmente, noten esto bien, sobre las *políticas liberales*, sobre todo internacionales, que la acompañan. Hay mucho menos crítica por parte de la Iglesia o por parte mía, de la apertura de horizontes internacionales como tal: que los hombres comuniquen mucho más entre sí que en otros tiempos, aparece más bien como algo favorable, una gran oportunidad de salir de mucha cerrazón. Pero así llegamos a los aspectos culturales que han sido, también ellos, objeto de preocupación de la Iglesia, como lo son de muchas personas. ¿Qué decir al respecto?

A algunos les da la impresión de una invasión, una contaminación de su cultura por otras culturas, principalmente a través de los objetos culturales que tan fácilmente circulan hoy. Uno de los ejemplos más típicos es la película, originaria de un país, fácilmente proyectada en todas las pantallas de otros países, que ejerce claramente una influencia muy grande. Casi todo el mundo recibe hoy mucho de Estados Unidos, dado sobre todo que el producto cultural norteamericano puede ser ofrecido en modo barato, habiendo sido amortiguado el costo de su producción gracias al mercado de gran amplitud de Estados Unidos mismos. La película norteamericana claramente transforma algo en las mentalidades de muchos países (un poco menos donde hay un cine autóctono muy activo, consecuentemente un contrapeso grande). ¿Hay que considerar influencias de este tipo como negativas? No, pienso yo, por el sólo hecho que es algo otro, algo diferente. Las culturas que tienen vitalidad nunca acabaron de mestizarse. Cuando se abren debates a este propósito, como acontece a menudo, me muevo frecuentemente a preguntar: ¿qué habría visto la gente en su país si hubiera habido limitación a la producción autóctona? ¿Sería otro, sí? ¿Sería ciertamente mejor (en los varios sentidos de la palabra mejor)? La respuesta no es cierta.

Por lo menos, se dirá, hay hoy día un peligro de *uniformización* cultural. A este aspecto soy más sensible. Humanamente hablando, la diversidad como tal es un valor, porque la personalidad es un valor y prácticamente no hay verdaderamente personalidad sin particularidad. Pero ¿a partir de qué, a partir de dónde empieza una ausencia de variedad dañina? En el seno de una misma cultura -hablando de cultura de un país grande- ¿puede existir más variedad y riqueza que en el conjunto de las culturas enteras de un número de pequeñas etnias cercanas!

Es cierto que en el siglo XX, aun antes de toda la mundialización que estaba por venir pero que de hecho había empezado, se vio la desaparición de los últimos testigos de un gran número de idiomas o dialectos. No es cierto que se pudieron fijar por escrito todos los cuentos, las fábulas que recitaban todo tipo de contadores tradicionales. En todo caso además ya no será lo mismo que con este contador vivo. Con cada viejo que muere en el África, una

biblioteca se va en humo, se ha dicho, es sabido. En nombre de la personalidad-diversidad, estoy en favor de dar todo su chance a las variedades, cualesquiera. Con moderación, sin embargo, a pesar de todo...

Una pregunta al respecto: ¿nacén hoy idiomas? No tan fácilmente, por cierto. A pesar de todo, el inglés americano, americano literario de un Faulkner, Steinbeck, Hemingway, posiblemente un Woiwode hoy, es algo nuevo y distinto con respecto al inglés como tal, y constituye un enriquecimiento indiscutible. No hay que ser demasiado pesimista a este propósito. Si uno cree en el principio de personalidad/diversidad, uno puede quedarse bastante asegurado: asegurado en que la variedad no faltará, lingüística, dialectal, variedad de forma literaria u otra semejante. Y, ¿cómo se perdería la personalidad? Todo depende de la fuerza de las experiencias que los hombres hacen, viven. Tengo en la mente el ejemplo de las experiencias fuertes en comparación con las débiles: por ejemplo la literatura de los campos soviéticos, la experiencia de la RDA en comparación con la de la RFA, o la del Vietnam bajo el comunismo militante de la primera fase.

La Iglesia es, por su parte, muy favorable a las culturas, y sobre todo protesta si alguien trata de privar a otro de su cultura, suprimirla contra su voluntad. Dice ella (Juan XXIII ha dicho en su discurso a la Unesco en 1980): lo que es soberano en la nación (la soberanía de la nación) consiste en la soberanía de la cultura, y la soberanía de la cultura es la del hombre mismo. Así, es la cultura la realidad humana más importante, de valor absoluto, soberano. Pero la Iglesia sabe que estar en situación de “puente” es una gran suerte también para el hombre. En un interesante texto de Juan XXIII a propósito de las minorías se lee: “Nada es más exigencia de justicia que una acción de los poderes públicos para mejorar las condiciones de vida de las minorías étnicas, en particular en cuanto a su idioma, su cultura, sus costumbres, sus recursos propios, sus empresas económicas”, pero es normal al mismo tiempo “que los interesados también tomen conciencia de las ventajas de su situación: el contacto cotidiano con hombres dotados de una cultura o civilización diferente los enriquece espiritualmente e intelectualmente y les ofrece la posibilidad de asimilar progresivamente los valores del medio ambiente en el que se encuentran implantados. Lo que tendrá lugar si se constituyen en un puente que facilita la circulación de la vida entre las distintas tradiciones o culturas, y no una zona de fricción” (*Pacem in terris*, 96-97).

A pesar de algunas reacciones vivas y justas, aquí o allá en América latina, contra el poder de las influencias culturales del norte, la Iglesia no ha entrado en guerra sobre esto. En el caso de la asamblea episcopal de Santo Domingo en el 1993, donde había una ocasión notable dado que el tema era la cultura y algunos documentos preparatorios, bajo la influencia de un Pedro Morandé por ejemplo, hacían una campaña contra la ‘modernidad’, la Iglesia defendió, sí, las culturas, pero manifestó al mismo tiempo mucha apertura. Dijo: “Absolutizar una cultura como si fuese la única apta para vivir la fe, sería idolatría... Y la Iglesia no puede aceptar ser identificada con una sola cultura, esto sería, para ella, perder su catolicidad y privar el Evangelio de su universalismo” (*Instrumentum laboris*, 523).

La Iglesia invita así a desarrollar los contactos culturales. Más generalmente, el Concilio decía: “Vivan los fieles en muy estrecha unión con los demás hombres de su tiempo y es-

fuérencense por comprender su manera de pensar y de sentir, cuya expresión es la cultura. Compaginen los conocimientos de las nuevas ciencias y doctrinas y de los más recientes descubrimientos con la moral cristiana y con la enseñanza de la doctrina cristiana, para que la cultura religiosa y la rectitud de espíritu vayan en ellos al mismo paso que el conocimiento de las ciencias y de los diarios progresos de la técnica” (GS 62 6). Todo lo contrario de una invitación a la autosatisfacción o a la defensiva, más bien una invitación a la apertura, sin cesar.

El pueblo de Dios, dice la *Lumen gentium*, está “destinado a dilatarse a las dimensiones del universo entero y a todos los siglos sucesivos para que se cumpla lo que la voluntad divina se ha propuesto, creando en el principio a la naturaleza humana en su unidad y decidiendo reunir en la unidad a todos sus hijos dispersos” (LG 13). Esto no se hace sin dilatación del horizonte y de la conciencia de cada uno también. La Iglesia, decía ya la LG “se sirve de y asume todas las riquezas, los recursos y las formas de vida de los pueblos en lo que tienen de bueno; asumiéndolos, los purifica, los refuerza, los eleva. Tiene que cumplir con una tarea de reunificación (de todo) con este Rey al que las naciones han sido dadas como herencia” (LG 13). Por cierto se vuelve a la misma observación que anteriormente: todo esto no se hace realidad si no se efectúa en cada persona, por lo menos en un cierto grado. Toda humanidad, ya en cada uno, es recapitulación, reunión, diversidad recogida.

Debemos pensar también en el problema de los valores, por ejemplo la cuestión muchas veces discutida de la *universalidad o menos de los derechos humanos*. Una primera observación a este propósito es que hay mucha polémica de bajo alcance en este asunto, la queja por ejemplo de los que no participaron en la redacción de la declaración de las Naciones Unidas en 1948 y ¡sacan de esto un pretexto fácil para resistir a tal o cual aplicación de los derechos humanos!

No es todo por cierto: todos los hombres, por ejemplo, tienen una preocupación sobre la dignidad del hombre, pero algunos dan más peso a la comunidad (incluso sumisión a la comunidad -¡vean lo que era hasta ayer el concepto “patria” en los países europeos!-), no escriben exactamente la misma lista de los derechos humanos que otra gente más individualista. Para algunos en el mundo (occidental), me decía un ruso ortodoxo hace poco, ¡hay sólo ética *individual*, ninguna ética social! No es que no haya obligaciones hacia los demás pero no hay verdaderamente dependencia con respecto a una pertenencia anterior. No cabe duda de que el mundo se divide muchas veces entre individualistas y comunitarios (comunitaristas). Mi amigo ruso veía a los rusos más del lado de los comunitaristas. ¿La mundialización reduce esta diferencia? No es cierto, a pesar de todo. La mundialización provoca por lo menos preguntas a este propósito.

Existe el problema particular del sistema de valores de la vida económica propagado precisamente por la mundialización/globalización: liberalismo –tal vez no primeramente este, aun más, en efecto, eficientismo, economismo, y valor dado a la iniciativa y a la empresa–. Hay algo real en la tradición del debate sobre la ética protestante y el espíritu del capitalismo que constantemente se repite, nunca acaba, desde Max Weber... Se puede aludir recientemente a un libro de Alain Peyrefitte en Francia, y pienso a otro, del periodista Mario Grondona, hace

poquísimo, en Argentina. La mundialización de hoy relanza el debate en esta materia. En total, quedan, me parece, diferencias notables entre los ideales económicos y sociales de un anglosajón (de un americano) y de un europeo o de un latino. Uno de los rasgos fuertes es que el anglosajón pide a cada uno que dependa de sí mismo, que haga la prueba de que se puede manejar solo, y si no llega a hacerlo, es, frecuentemente, siempre en algo, culpa suya. Un europeo, un latino, da en general más valor a las obligaciones de solidaridad. Todos posiblemente están de acuerdo hoy en el hecho que no hay actitud sana sin una combinación de las dos cosas, la proporción sigue sin embargo siendo diversa.

### ¿En cuánto está afectada la religión?

¿La religión, ahora? Puede haber problemas, en contexto de mundialización, con base en la religión o más bien en las religiones, dice B. Geremek, un importante intelectual y político polaco. “En la vida religiosa es natural que cada uno crea que su propia religión, a diferencia de todas la demás, trae consigo la verdad suprema y única, lo que está en contradicción con el pluralismo que está a la base del mundo moderno (globalizado). Es difícil aceptar que el respeto del pluralismo concierna también el campo de la fe. La tentación del fundamentalismo que rechaza toda tolerancia hacia las diferencias puede así crecer en el terreno de todas las religiones, a pesar de que ninguna religión –ciertamente ninguna de las grandes religiones monoteístas– proclame en la actualidad una oposición de fondo. Pero si una tentación de este tipo se debiese realizar y encontrar adeptos, si llevase a actitudes de agresión y exclusión hacia las demás, entonces aparecerían inevitablemente amenazas a escala mundial, dado que cada religión tiene vocación universal. Es así muy importante que las religiones mismas se opongan sin ninguna concesión a estas tentaciones y no teman hacer una reflexión auto-crítica” (Una conferencia de B. Geremek, DC 2002, 920-1). Este es un importante llamado a las religiones.

Se puede al mismo tiempo decir que las religiones responden bien: se puede aludir a Asís I, Asís II, y muchos otros encuentros interreligiosos. Uno debe darse cuenta sin embargo de que no es todo tan sencillo. En el caso del cristianismo, se ha reabierto el debate de saber cómo puede uno acoger a las demás religiones a pesar de creer en la única mediación de Jesús el Cristo. Citemos a propósito el Concilio Vaticano II: “La Iglesia católica no rechaza nada de lo que es verdadero y santo en las diversas religiones... Sin embargo, anuncia y debe anunciar sin cesar al Cristo que es ‘el camino, la verdad y la vida’ (Jn 14,6), en el que los hombres deben encontrar la plenitud de la vida religiosa y en el que Dios se ha reconciliado con todo” (*Nostra ætate*). ¿Cómo entender esto justamente?, es el punto que se ha hecho, a través del encuentro mundial entre los hombres, una cuestión mucho más aguda y mucho más percibida que en tiempos anteriores. Hace dos años, el Centro Sèvres, al que pertenezco, consagró a este problema un gran coloquio cuyas memorias acaban de publicarse, bajo el título *El hijo único y sus hermanos. Unicidad de Cristo y pluralidad religiosa*. Por otro lado oyeron posiblemente hablar de *Dominus Jesus*, un documento del Cardenal Ratzinger, puntualizando algunas cosas, y también oyeron posiblemente del debate alrededor de un libro de Jacques Dupuy, de la Universidad Gregoriana; sobre la teología de las religiones. ¿Qué puede decirse en definitiva? Algo como esto, creo, teniendo en cuenta el Coloquio del Centre Sèvres: “Espero haber demostrado, dice allí el padre Michel Fédou, teniendo en

cuenta la gran tradición, que no se puede responder a la objeción atenuando el significado único de este camino como es reconocido por la comunidad cristiana, importa más bien reconocer este significado y enseñar cómo la adhesión al Hijo único, con la condición de ser bien entendida, manifiesta precisamente el aporte original del cristianismo en el contexto mismo de nuestra situación contemporánea. Se debe precisar que el camino, confesado por los cristianos, no solamente conduce al misterio, sino que este camino es en sí mismo misterio” (p. 46). Precisamente por haberse unido perfectamente a una persona particular, no a la totalidad de los sujetos de la naturaleza humana (por haberse, así, “abreviado”), el Verbo de Dios ha dejado espacio, se puede decir, para una propagación a muchos otros, otros Cristos, como se ha efectivamente dicho de algunos: tienen por cierto que reconocer, si se presenta a ellos, la presencia única en el Único. Que haya encarnación en este hombre limitado, este es el misterio, es decir que hay lugar para una multitud de hermanos... Es la *grandeza* de Dios haber podido, querido *limitarse* así. Misterio consecuentemente de este Hijo que, lejos de querer quedarse solo, no tiene otro deseo que suscitar en la historia una multitud de hermanos”. Pero hay que vivir esto en lo cotidiano... en vez de dar la impresión de una posesión, de un monopolio. ¿Llegaremos a vivir la mundialización religiosa -el gran abrazo religioso- en esta humildad acogedora? es el problema actual y del porvenir.

Hay otro aspecto del gran acercamiento de las religiones por la mundialización, el que acontece en el seno de la comunidad de los cristianos, hasta de los solos católicos, en el seno también de las congregaciones religiosas. El acontecimiento mayor a este respecto fue, creo, el Vaticano II, el primer concilio con presencia fuerte (hasta influencia fuerte) del tercer mundo. Muchos lo subrayaron, entre ellos Rahner. Me acuerdo haberlo escrito también yo en la revista *Projet* después del Concilio. Las congregaciones religiosas han sido casi todas afectadas, por su cuenta, por un gigantesco desplazamiento de su centro geográfico en dirección del Asia, del África. Y uno no se debe olvidar de América latina, a pesar de que el fenómeno de su emergencia haya sido un poco anterior, complejo además porque fue en gran parte desencadenado por el aporte de España al terminarse la Guerra civil.

El catolicismo, el protestantismo también, pero más particularmente el catolicismo, se ha hecho comunidad universal en un nivel bien diverso de lo que era anteriormente. Antes del 1945 ó 1965, y con la excepción de las regiones de catolicismo anciano (como el Próximo Oriente) había misiones, grupos de cristianos ya importantes, sin embargo bajo tutela; jóvenes iglesias, se dijo después, pero no eran verdaderamente iglesias, eran dependencias de iglesias, viveros, la Iglesia estaba creciendo en ellas. Hoy en día, por el contrario, los grandes números de seminaristas están en el África, situación verdaderamente nueva, hecho de mundialización importante (incluyendo en ello, además, la fase primera ambigua que fue la de la colonización y de la misión que la acompañaba).

¿Acontece algo verdaderamente intercultural a través de esto? Mucho, en el Asia, creo, juzgando de esto a través de las publicaciones telógicas (las de un Pieris de Sri Lanka por ejemplo...). Todavía no tanto en el África, pero se debe prever que rápidamente venga. La teología de la liberación en América latina influyó profundamente sobre la vida de toda la Iglesia -aunque esto haya sido en parte en forma polémica y que algunas de las fuentes hayan sido europeas, como Juan Bautista Metz y Lovaina- pero todo esto ha producido en la si-

tuación concreta de América latina lo que no ha producido directamente en Europa. Los problemas socio-políticos no habían tenido nunca tal influencia en el catolicismo, incluso en el tiempo de León XIII y su encíclica sobre la condición obrera, “el terremoto” del que habló Bernanos en su *Curé de campagne*. Todo esto sigue caminando hoy... ¿Cuándo habrá un papa no Europeo?

La mundialización, en la Iglesia, en las parroquias, en las congregaciones religiosas, es exigente, pero enriquecedora. Enriquecedora para todos, nos decía ya el Concilio Vaticano II (hacia de ella un principio): dado que no está limitada a una cultura particular, no está ligada a ningún sistema político, económico o social particular, “la Iglesia, por esta su universalidad, puede constituir un vínculo estrechísimo entre las diferentes naciones y comunidades humanas” (GS 42). Puede dar un ejemplo esencial en un momento de intensificación de las relaciones en amplios espacios de la humanidad e incluso del mundo entero. (Decía también el Concilio que la Iglesia, por su ejemplo de nuevo, siendo en ella todo fe y libertad y caridad, puede enseñar que la unión de toda la sociedad debe nacer no de lo externo sino de la ‘unión de los espíritus y de los corazones’: ibid. Consecuentemente, nos toca a nosotros desarrollar todo lo que es interioridad de las fuentes de unión entre nosotros).

### **Globalización, mundialización política**

En lo político, otro aspecto, hay que admitir que, por lo menos hoy, globalización es la dominación mundial de un país grande particular, dotado de potencia político-militar claramente mayor, capaz consecuentemente de coaccionar, y que difícilmente se somete a una ley internacional (de todos). Es difícil, supongo, que la situación sea por el momento otra. Lo que sí se puede esperar es que, como, dos mil años atrás, en la cuenca mediterránea, la cultura del mundo globalizado de entonces, Roma, siga siendo enriquecida, fecundada por algunas otras culturas, decisivas, como era en aquel tiempo la griega. Que siga habiendo un aporte “griego”. Este grado de contrapeso puede, debe, creo, existir, aun dentro de un mundo políticamente unificado, si se llega a esto.

Por otro lado, ya no hay la gran división de la guerra fría, una división que más bien organizaba el mundo, porque había un control mutuo y cada uno, dentro de los grandes bloques, estaba controlado por su centro: hoy está vigente la impresión de una ausencia de orden. El terrorismo, el fanatismo radical de una secta como Aum en el Japón o de una organización como Al-Qaeda, la relativa facilidad de acceder a armas de destrucción masiva son signos de los tiempos (de nuestros tiempos). Los Estados-naciones están cediendo cada día más, en parte por razón de las políticas económicas liberales, y no han sido todavía suficientemente reemplazados: ni por una institución nueva como la Unión europea ni por la superpotencia mundial hoy existente (que no gobierna, solo actúa puntualmente). En otras palabras, el mundo, aun existiendo en cierto sentido como mundo -a este nivel hay mucha comunicación y circulación-, no está verdaderamente gobernado, está mal (o poco) gobernado. A pesar del hecho de un cierto Imperio... Imperio del caos, ha dicho un politólogo, Alain Joxe, para hacer resaltar que no pretende organizar lo que queda precisamente... caos, solo pretende obstaculizar los desbordamientos más peligrosos, por operaciones “puñetazo”, implicándose lo menos que se pueda en el terreno... Posiblemente no se podrá contentar a largo plazo con

esta dominación barata (que consiste solamente en impedir a los “malos” que perjudiquen, con cero muertos en cuanto sea posible, en casa propia). Pero tal sigue siendo la situación actual.

A veces uno piensa que los Estados-naciones demasiado fácilmente dejaron su responsabilidad. Pero ya no hay remedio, no hay posibilidad de volver atrás. Es al nivel del mundo entero como se debe hoy gobernar. ¿Cómo hacer, sin embargo, cuando los Estados-naciones no abandonan fácilmente lo que a pesar de todo tienen todavía de soberanía tradicional...? ¿Y cuando la nueva superpotencia no se deja implicar tanto, por su cuenta, dejando de lado su responsabilidad en materia ecológica, en materia de justicia internacional, etc....? Gran problema para el mañana.